

## PRESENTACIÓN

Las nuevas condiciones sociales y los flujos ingentes e incesantes de población configuran escenarios crecientemente complejos, donde se multiplican sin descanso las interacciones entre individuos y grupos con diferentes referentes culturales. Nunca como ahora había sido tan patente el carácter indeterminado de la identidad. Nunca como ahora habíamos advertido tan claramente que no hay identidades definitivamente heredadas y aprendidas.

Construir la identidad se aproxima, más que nunca, a la idea de una dinámica permanente, generadora de adaptaciones y de readaptaciones, de conflictos y de contradicciones. En las sociedades tradicionales, la pertenencia a un grupo significaba excluir la posible pertenencia a otros. Sin embargo, en la sociedades de hoy, los individuos tienen posibilidades de poder elegir y participar en subculturas diversas, pudiendo debilitarse así las relaciones de pertenencia con sus grupos de origen. La universal necesidad de pertenencia del ser humano puede concretarse, y de hecho se concreta, en modos o formas distintas. Las características culturales del grupo de pertenencia de un individuo (familia, tribu, banda, religión, región, nación, etc.) no han de ser una guía definitiva durante toda su vida, no tienen que suponer necesariamente algo a lo que permanecer asidos a cualquier precio para no perder la identidad. El individuo puede cambiar, mediante su interacción con individuos de otras culturas, esos rasgos culturales de origen por otros y adquirir nuevas identidades.

Pensar en que un individuo ha de apropiarse de las identidades culturales originales y mantener de por vida esta identidad, cueste lo que cueste, es situarse, más pronto que tarde, en una onda de cerrazón y de exclusión abocadas al enfrentamiento social. Una noción excesivamente «culturalista» de la identidad acentúa el etnocentrismo, dificulta o impide la integración de los individuos en culturas distintas, prioriza la comunidad cultural sobre la persona y termina por cosificar al sujeto sometándolo a un determinado nicho cultural en el que presuntamente se le promete estabilidad.

Es la identidad personal, con todo, la que hace que cada individuo sea el que es y no otro, alguien singular e irreplicable. La identidad personal es ese producto autónomo que cada individuo ha ido construyendo, progresivamente, mediante sus múltiples interacciones con otros individuos en entornos cada vez más complejos y plurales. La construcción de la propia identidad es un fenómeno singular de concreción de las distintas posibilidades de identificación que cada sujeto tiene, dentro de la trama de relaciones interpersonales que configuran su existencia.

No se trata de hacer un planteamiento bifronte e irreconciliable entre «identidad cultural» e «identidad personal». Ambas identidades no han de ser necesariamente incompatibles. Más bien, se trata de orientar adecuadamente la necesidad de pertenencia social que todos sentimos, de canalizar convenientemente nuestros apegos afectivo-grupales. Esta orientación, o reorientación, no puede ser, nuclearmente, más que genuinamente ética. Y entre los valores morales que guíen

a las comunidades, ha de hallarse como pieza clave el primado de la persona, como valor supremo como fin en sí mismo, necesitada de libertad. La cultura está al servicio de la persona y conviene estar alertados ante las influencias culturales, que a menudo oprimen más de lo soportable. Pero no ignoramos las enormes dificultades que estas ideas presentan en la práctica, en la realidad (nacionalismos violentos, segregaciones culturales, brotes de racismo y de xenofobia, fundamentalismos opresores de distinto signo...). Es mucho el camino que aún queda por recorrer.

Avanzar culturalmente, progresar en civilización, implica buscar, sin desaliento y sin reposo aquello que más nos conviene hacer para evitar la marginación y la exclusión. Igualmente, significa aumentar la capacidad de información y de decisión de cada persona acerca de la forma de vida que haya elegido para sí. Implica enseñar a niñas y niños a que busquen por sí mismos sus propios estilos de vida, aportándoles los medios que les conviertan en seres autónomos y tolerantes con las decisiones privadas de cualquier otra persona. Tal vez estemos asistiendo al nacimiento de una nueva forma de identidad fundamentada en la mezcla cultural. Relacionarse con individuos de culturas diferentes puede propiciar la revisión de nuestras componentes culturales, integrando si es pertinente nuevos valores provenientes de otras culturas. La nueva identidad cultural originada de este modo puede suponer un avance en humanización y también en civilización y, desde luego, implica, en última instancia, una radical afirmación del carácter de pertenencia que todos tenemos a una misma especie.

En fin, sobre la identidad personal descansa propiamente la diversidad, entendida ésta no como mera diferencia, sino como expresión de lo más auténtico y valioso que tanto sujetos como grupos deben proteger como íntimo y único. A última hora, crecer en cultura democrática supone producción permanente de símbolos que impulsen y motiven a vivir en sociedad practicando la vida privada más libre. Cuanta más relación libre entre personas, mayor interrelación se dará entre culturas; asimismo, más posibilidades habrá de modificar los rasgos culturales que resultan lacerantes y de edificar juntos los mejores valores posibles.

No es preciso insistir, pues, en el papel crucial que la educación desempeña en la construcción de las identidades. Aun existiendo una considerable literatura sobre esta temática en múltiples ámbitos (filosófico, político, antropológico, psicológico, educativo...), no cesa la demanda de orientaciones pedagógicas, teóricas y prácticas, sobre los múltiples problemas relacionados con la construcción de identidades. En este Número de *Cuestiones Pedagógicas*, junto a otros trabajos dentro de las habituales Secciones de la Revista, hemos querido realizar un *Monográfico* sobre la temática, donde se mezclan fines e itinerarios abrigando la esperanza de un mañana mejor gracias a la fuerza social e individual de la educación.

Antonio Bernal Guerrero